

Israel: paz o guerra sin fin

Aunque pueda parecer una obviedad, no está de más recordar que cualquier reflexión sobre la actual situación en Israel y Palestina sólo es de recibo en la medida en que se presente como una contribución a la consolidación de ambas entidades político-culturales. Ambas se sienten muy amenazadas. Esas amenazas deben desaparecer. Pero ambas han cometido también graves errores. Reconocerlos equivaldría a dar un gran paso hacia la paz. Hoy todavía, los ánimos no están, en general, preparados para ello. Mientras tanto, la crítica que desde fuera pueda hacerse de supuestos errores no debe considerarse necesariamente como producto de un prejuicio insuperable, en particular del antisemitismo o de la arabofobia.

Antisemitismo

Este gravísimo prejuicio ha perdurado durante casi toda la historia de Occidente y del cristianismo (todavía hace menos de 50 años, los cristianos rezábamos el Viernes Santo por los «pérfidos judíos»). Por tanto, sería ingenuo suponer que haya desaparecido enteramente de nuestra mentalidad colectiva (ahí están, para recordarlo, las recientes declaraciones antisemitas del diputado alemán Martín Hohmann y del

general Günzel, jefe de las fuerzas especiales del Ejército; ambos fueron fulminantemente destituidos). Cuando tras la condena, por parte de la Liga Árabe, de los atentados contra las dos sinagogas de Estambul, el pasado mes de noviembre, su secretario responsabilizó de los mismos a la actual política israelí, incurrió en esa forma de antisemitismo que carga sobre todo un pueblo los errores de un político determinado. Es absolutamente elemental distinguir entre Sharon, Israel y los judíos del mundo entero. El actual gobierno de Israel no representa a todos los judíos del mundo. Lo ha recordado recientemente el prestigioso historiador israelí Avi Shlaim, catedrático en Oxford de relaciones internacionales. Simon Peres hacía la misma distinción en sentido contrario: *«también nosotros [los laboristas israelíes] criticamos al Gobierno de Sharon, pero no por eso somos antisemitas»*.

Aunque nuestros medios de comunicación, en general, apenas lo ponen de relieve, una parte de la ciudadanía israelí, incluso el mismo jefe del Estado Mayor, Moshe Yaalon, no cesa de manifestar su oposición a la línea fundamentalmente belicista del primer ministro. Más de 100.000 israelíes se manifestaron a primeros de noviembre en Tel-Aviv contra Sharon y a favor de la reapertura del proceso de paz, con motivo del octavo aniversario del asesinato de Isaac Rabin a manos de un extremista israelí. Cuatro antiguos jefes del espionaje interior israelí, el *Shin Bet*, pidieron recientemente, en el diario israelí de mayor difusión, la retirada de los territorios palestinos ocupados en Gaza y Cisjordania: *«nos precipitamos hacia una situación próxima a la catástrofe»*, advertía uno de ellos. Ami Ayalon, ex jefe de dichos servicios secretos, advertía incluso del riesgo de que *«Israel deje de ser una democracia y un hogar para el pueblo judío»*. No se trata solamente de los militares. Los índices de popularidad de Sharon han seguido bajando, hasta situarse en torno al 34% por esas mismas fechas. En general, la diversidad de pareceres entre los judíos es enorme, dentro y fuera de Israel, y van desde la ultraortodoxia religiosa y el sionismo hasta el agnosticismo y la opinión de que la creación del Estado de Israel ha constituido un grave error contra la fe de los hebreos.

Pero es indudable que los excesos de una de las partes pueden alimentar —y de hecho alimentan— la animosidad de la otra parte. Según

Avi Shlaim, «el antisemitismo está creciendo dentro de un contexto que es la ocupación, la opresión y la humillación diaria de los palestinos». ¿Cómo habría que juzgar, en este contexto, la encuesta del Eurobarómetro, publicada en noviembre pasado, según la cual el 59% de los ciudadanos de la UE sitúan a Israel en cabeza de los países que representan una amenaza para la paz mundial? Entre los 7.515 europeos que respondieron a dicha encuesta habría probablemente antisemitas y personas sin prejuicios. Pero la encuesta misma no parecía sesgada: la lista de 15 países por los que había que «votar» incluía a 7 países árabes, además de Irán, los EE UU y la misma UE. No figuraba Palestina por no ser un Estado. De todas maneras, no reflejaba la opinión de la Comisión Europea. Si Berlusconi expresó a Sharon su «indignación» por dicha encuesta, fue, al parecer, por motivos de política interna, para debilitar a Prodi, probable rival suyo en las próximas elecciones generales. Por lo visto, no es antisemitismo —ni proisraelismo— todo lo que reluce.

¿«Valla de seguridad» o muro de expulsión?

También en este tema, los motivos invocados pueden esconder otros más profundos. En un año, se han construido unos 190 kilómetros del muro o valla de separación entre Israel y la Cisjordania. Su nombre oficial es «valla de seguridad». Sobre su longitud total, se ha adelantado la cifra de 347 kilómetros; fuentes oficiosas hablan de 500; y analistas independientes, de 1.000 (hay muy pocos datos oficiales). Se le calcula un coste de unos 4,7 millones de dólares el kilómetro. Alternan paredes de cemento de hasta ocho metros de altura con alambradas electrificadas y trincheras vigiladas con cámaras. Los portones se abren tres veces al día durante una hora, pero no siempre a la hora fijada, y las arbitrariedades de los soldados que los controlan son frecuentes. Los lugareños tienen que ir provistos de uno de los doce permisos especiales (para acudir al colegio, al trabajo, al hospital, etc.). Un viaje al pueblo vecino que antes duraba quince minutos ahora puede suponer tres o cuatro horas.

Alrededor de 150.000 hectáreas han quedado arrasadas y más de 100.000 olivos han sido arrancados. Casi 40 pozos de agua y más de 200 cisternas están aisladas de las comunidades que las utilizaban. Las excavadoras han destruido 35.000 metros de acueductos. En total, casi 700.000 palestinos quedarán separados de sus trabajos y colegios. El muro se adentra continuamente en territorio palestino, hasta unos 22 kilómetros en algunas ocasiones, de manera que sólo respeta un 11% de la «línea verde» (la frontera fijada por el armisticio de 1949). Una veintena de pueblos han quedado «emparedados» entre el muro y la «línea verde». Un informe de la ONU del 11 de noviembre calculaba que el muro israelí despojará a la Cisjordania de un 14,5% de su territorio. En Belén la población interpone recursos contra el emplazamiento previsto del muro, ya que 154.000 personas pueden quedar aisladas de su entorno (algo «intolerable» según el cardenal Etchegaray) y la llegada de peregrinos y turistas verse seriamente comprometida. En Jerusalén se pretende encerrar a más de 200.000 personas, pero el apoyo diplomático consiguió, en un primer momento, parar a las excavadoras.

En semejantes condiciones, el éxodo ya ha comenzado. Kalkilia ha perdido unos 4.000 vecinos, 600 tiendas han cerrado y el 70% de su población está en el paro. Otros se quedan, dispuestos a resistir lo que haga falta. Gran parte de la población subsiste gracias a las organizaciones humanitarias. Según datos del Banco Mundial, el 56% de las familias hace una sola comida al día. Por todo ello, la ONU augura un porvenir sombrío para la zona: *«Muchas personas, incapaces de alcanzar sus tierras para sembrar y cosechar, apacentar el ganado o llegar al trabajo para ganar el dinero que les permita comprar comida, pasarán hambre. Los daños causados por la destrucción de las tierras y las propiedades para construir el muro son irreversibles y socavan la posibilidad de los palestinos de recuperarse jamás, incluso si la situación política permitiera mejorar la situación».*

Además, las actuales expropiaciones podrían ser irreversibles en virtud de la ley otomana, todavía en vigor en Israel, según la cual, muchas de estas tierras, llamadas *miri*, pertenecen al sultán y, si los campesinos no las cultivan en un espacio de tres años, vuelven a manos del sultán (o

de su sucesor, el Estado de Israel). Así es como buena parte de la Cisjordania ha sido declarada «tierra del Estado» y utilizada para construir colonias. A largo plazo, el muro puede suponer la anexión de toda la parte oriental de la Cisjordania. Más a las inmediatas, quedaría transformada en una serie de enclaves (como los desaparecidos bantustanes de Suráfrica) estrechamente controlados por Israel, lo cual haría imposible toda continuidad territorial en un hipotético Estado palestino. Lo volvería inviable en la práctica. Este nuevo «muro de la vergüenza», al contrario del de Berlín, que pretendía impedir la huida al Oeste, está provocando la huida de los palestinos de su tierra natal. Es previsible que este éxodo se vaya incrementando con el tiempo.

El presidente Bush advirtió a Sharon desde Londres, el 19 de noviembre, de que «no levantara muros ni cercas». Sin embargo, el escepticismo reina sobre su voluntad de frenarlos. Efectivamente, un mes antes, en la Asamblea General de la ONU, los EE UU (junto a dos microestados del Pacífico) se habían abstenido de secundar una declaración apoyada por 144 países que consideraba el muro «contrario al Derecho Internacional» y exigía a Israel que lo paralizara y eliminara. La posterior sanción norteamericana contra el muro no fue tomada en serio por el gobierno de Sharon, ya que había sido pactada, incluidos los términos de la condena, con un miembro del gobierno israelí; condena que días después mereció el siguiente comentario de Sharon: «Hay un acuerdo [con Washington] sobre la forma de estar en desacuerdo». Contrasta con tales juegos diplomáticos la clara postura de Juan Pablo II, manifestada el 16 de noviembre: «Tierra Santa –dijo a la hora del Angelus– no necesita muros, sino puentes». «Geografía del **apartheid**, que, más que reprimir la violencia, incita a ella», había dicho, días antes, un testigo ocular, el cardenal Etchegaray.

Miedo, desencanto y deseos de paz

Mientras tanto, la ciudadanía israelí está pagando un terrible precio por la desproporcionada represión de esta segunda *intifada*, que el mismo Sharon provocó deliberadamente con su presencia en la Explanada de

las Mezquitas. La sociedad se encuentra sumida en una auténtica paranoia ante el temor de nuevos atentados suicidas. Y la pobreza aumenta, a pesar de que los EE UU siguen aportando regularmente la mitad del presupuesto del Estado. El paro afecta al 11% de la población, tras unas elecciones ganadas sobre la doble promesa de la seguridad y la prosperidad. Más grave aún es el desencanto que refleja la bajísima participación (27%, récord mundial de abstención) en las elecciones municipales de primeros de noviembre.

El país no puede vivir en permanente estado de alerta y de guerra. La misma creación del Estado de Israel en 1948 radicalizó todo el entorno del Próximo Oriente, en el que buena parte de las monarquías tradicionales fueron reemplazadas por regímenes política y/o religiosamente extremistas, además de crear la inagotable reserva de terroristas suicidas que constituyen los «desesperados» de los campos de refugiados (en Gaza, la máxima aspiración del 24% de los niños de 12 años es morir como mártires suicidas). Las armas nucleares del ejército israelí (Israel no ha firmado el Pacto de No Proliferación) no bastan para asegurar la paz diaria en semejante contexto. Los continuos retrasos en la aplicación de la «Hoja de Ruta» no han hecho sino generar desconfianza y alentar la violencia. Destacados intelectuales israelíes, como Avi Shlaim, piensan que su país ha tirado por la borda muchas oportunidades para la paz. En el otro bando, la violencia ha cegado a los terroristas palestinos y ha dilapidado el caudal de simpatía del que en décadas pasadas había disfrutado la causa palestina (aunque tal simpatía les sirvió de muy poco).

Los «Acuerdos de Ginebra», ¿la última esperanza de paz?

Al día siguiente de la toma de posesión del nuevo primer ministro palestino, Ahmed Qurei, más conocido como *Abu Alá*, los dos gobiernos anunciaban la celebración de una cumbre, como fruto de las presiones internacionales y de la crítica de un amplio sector de la cúpula del Ejército israelí. En su discurso de investidura, *Abu Alá* había invitado a las milicias palestinas a deponer las armas para «frenar este círculo infernal».

El mismo Arafat, llegó a decir en su discurso de apertura del Parlamento que *«ha llegado el momento de salir del ciclo de la guerra destructiva que no conducirá a la paz y a la seguridad»*. No obstante, unos días más tarde, a fines de noviembre, Abu Ala, decidía aplazar su reunión con Sharon; antes quería reunirse con los integristas palestinos de Hamas y la Jihad Islámica para poner en pie un proyecto de tregua y observar el efecto producido en ambas partes por el lanzamiento de los *«Acuerdos de Ginebra»*. En efecto, estos *«Acuerdos»* parecen abrir una nueva esperanza de paz.

La opinión israelí no espera ya gran cosa de unos políticos que hasta la fecha no han marchado decididamente por el camino de la paz. Kofi Annan manifestó esta misma decepción al reclamar *«gestos audaces»*, porque la política de *«pequeños pasos»* no daba resultados. Pero ni Sharon ni Arafat parecen capaces de tales gestos: *«como dice un refrán inglés –recordaba el historiador israelí Avi Shlaim- no se pueden enseñar trucos nuevos a perros viejos»*. Estos gestos audaces y, al mismo tiempo, de sentido común son los que, finalmente ha anunciado un grupo de políticos retirados de ambos países, tras dos años y medio de reuniones secretas en Ginebra. La publicación de los llamados *«Acuerdos de Ginebra»* en el diario Haaretz les valió a sus autores, entre ellos el ex ministro de Justicia israelí Yossi Beilin y el escritor Amós Oz , ser declarados *«traidores»* por Sharon.

Estos *«Acuerdos»* ofrecen una solución a los problemas más espinosos: prevén la creación de un Estado palestino independiente y democrático, que acepte su desmilitarización, se comprometa a combatir el terrorismo y desmantele las milicias irregulares. Sus fronteras serían fundamentalmente las de 1967 con algunos retoques que permitan a Israel anexionarse los principales asentamientos. Israel se retiraría de la banda de Gaza y de casi toda Cisjordania. Los tres millones y medio de refugiados renunciarían al derecho de retorno que les otorgó la resolución 194 de la ONU y a cambio recibirían una compensación económica. Jerusalén sería la capital compartida por ambos Estados y se reconocería la soberanía palestina sobre la Explanada de las Mezquitas. Finalmente, se crearía un sistema para la aplicación de estos *«Acuerdos»*,

en el que, además del actual Cuarteto (EE UU, UE, Rusia y ONU) participarían otros países elegidos por ambas partes.

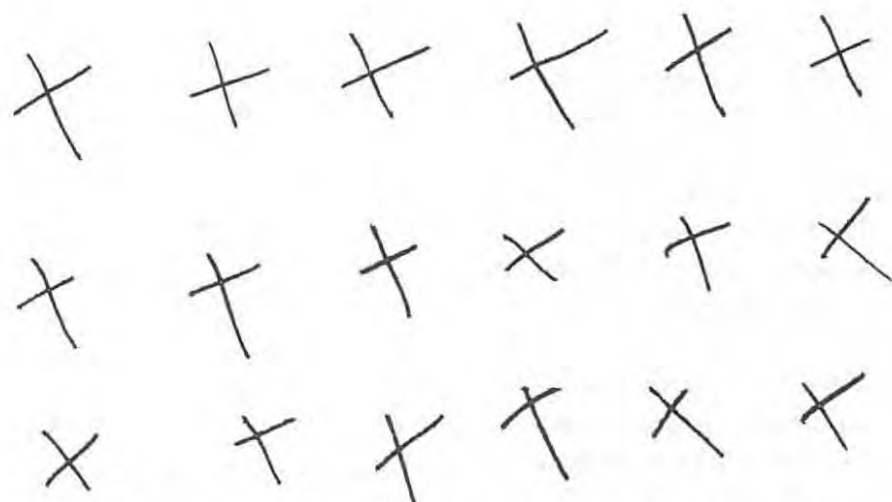
Este documento tiene el apoyo de la dirección palestina, lo han apoyado muchos responsables de Al Fatah, además de diputados, empresarios, responsables de ONG y dirigentes de asociaciones de mujeres. La conciencia de que esta vez tienen en sus manos la última oportunidad de salvar lo poco que les queda les ha obligado sin duda a aceptar tan grandes concesiones. Por el lado israelí, este proyecto de paz ha contado con la colaboración de políticos laboristas, y también del *Shinui* y del *Likud*, de intelectuales y militares, incluidos ex generales. Cuatro de cada diez israelíes manifestaron su apoyo a este nuevo plan de paz aun antes de conocer su contenido. Posteriormente, el 24 de noviembre, se distribuyeron por correo en Israel 1,9 millones de ejemplares de los «Acuerdos» en hebreo, y otros 300.000 en árabe y ruso fueron distribuidos en las tres semanas siguientes. El mismo Colin Powell, en carta al dirigente palestino Yasir Abed Rabbo, se solidarizó con el nuevo proyecto de paz. La pregunta que inevitablemente queda planteada es si no va a entorpecer la aplicación de la «Hoja de Ruta». En opinión de este mismo líder palestino, los «Acuerdos» la complementan: serían como la carne en torno al hueso de la «Hoja».

Paz para todo el Próximo Oriente

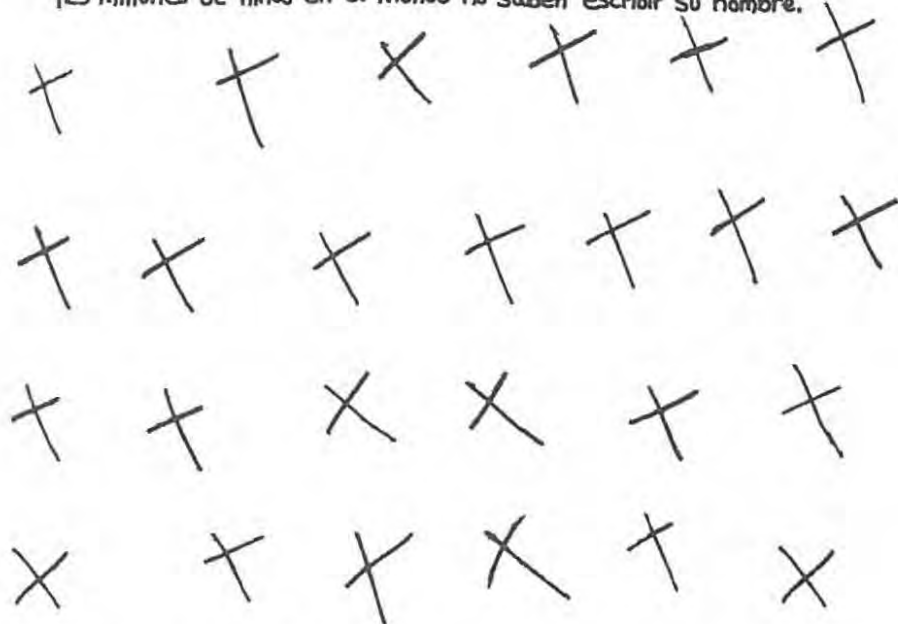
Pero, obviamente, la política es algo más que papeles. Es necesaria, sobre todo, una voluntad decidida a favor de la paz por parte de la inmensa mayoría de ambos pueblos, por no decir de su totalidad. Ésa es la inmensa tarea que se abre a los patrocinadores de los «Acuerdos de Ginebra». Los extremistas de ambos lados, en palabras del israelí Amós Oz, «temen estos acuerdos porque saben muy bien que lo que la gente quiere es la paz». Por el momento, las dos partes siguen el impulso y la dirección de los extremistas (aunque Y. Arafat, a última hora, calificó de «valiente» esta iniciativa de paz), a pesar de que no consiguen sus respectivos objetivos: ni la paz y seguridad para Israel ni el fin de la ocupación para los palestinos. Ambos pueblos han de comprender el

grave trauma que afecta al otro y apostar por desactivarlo. La última palabra la tendrán, en ambos lados, las urnas. El apoyo de la comunidad internacional tendrá, en este sentido, un peso decisivo. Dicho apoyo empezó ya a manifestarse el día mismo (primero de diciembre) de la solemne presentación de los «Acuerdos», a través de los mensajes de una docena de jefes de Estado (entre ellos Blair, Chirac, Mohamed VI y H. Mubarak), primeros ministros, altos cargos internacionales, tres premios Nobel de la Paz, R. Prodi, J. Solana, Mayor Zaragoza, M. Gorbachov, etc. La paz está aún lejos, pero estos «Acuerdos» han demostrado que está al alcance de la mano y, por ello, han generado esperanza. Ahora bien, la esperanza, como bien señalaba Amós Oz, «es el arma más eficaz contra el fanatismo».

De todas maneras, la paz no puede posponerse indefinidamente, porque cada retraso la hace más prisionera de los extremistas de ambos bandos. En el Próximo Oriente abundan los extremistas, en buena parte alimentados por el conflicto palestino-israelí. La solución de este conflicto es de una importancia capital para quitar hierro a los demás contenciosos de la región. Esto tal vez lo esté comprendiendo ahora, bien a su pesar, la superpotencia norteamericana, que, en palabras de J. Carter, «durante años ha ayudado a Israel e ignorado a los palestinos». De hecho, Colin Powell se apresuró a invitar a Washington a los dos promotores de los «Acuerdos». Porque es evidente que, si un día se firma la paz, será en términos muy parecidos a los de este documento «privado». Paz para los israelíes y justicia para los palestinos son las dos condiciones necesarias para el cambio deseado en el clima político de toda la región. ■



125 millones de niños en el mundo no saben escribir su nombre.



En ENTRECULTURAS llevamos 50 años haciendo posible que los más desfavorecidos tengan una educación de calidad. Porque la falta de educación significa la falta de oportunidades.

EDUCAR ES DAR OPORTUNIDADES
www.entreculturas.org



ONG Jesuita
902 444 844